

ANTIQUITAS

Boletín de la Asociación Amigos del Instituto de Arqueología
Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador

Callao 542 - Buenos Aires

República Argentina

Mayo de 1966
Nº 2

Director:
EDUARDO CASANOVA

Comité de Redacción:
A. Marini - M. L. Vidal - J. M. Suetta
B. Martínez Soler - L. A. de Lanzone

Nota sobre los petroglifos de Talampaya (Prov. La Rioja)

Por JUAN SCHOBINGER

Desde 1957 el que escribe ha efectuado prospecciones y relevamientos de numerosos sitios de arte rupestre en la provincia de San Juan y zonas vecinas. Trátase en su casi totalidad de petroglifos o grabados sobre roca. (v. breve nota preliminar, escrita en 1959, en *Etnia*, I, 1964). De todos los sitios conocidos, uno de los más importantes y notables es el de la "Puerta de Talampaya", la noticia de cuya existencia agradezco al señor Rodolfo Buff, de Chilecito. Lo hemos visitado los días 22 y 23 de octubre de 1965, durante una gira auspiciada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.

En las áridas tierras del S.O. de La Rioja —muy cerca del límite con San Juan— se levanta en la región llamada Talampaya una serranía que, por su peculiar conformación, es denominada "de los Tarjados". Uno de esos cortes ("tarjas") fue lo suficientemente profundo como para ser utilizado por el agua que, en tiempos inmemoriales, se acumuló en la cuenca situada detrás de esa serranía; convertido en desagüe, se estructuró como una quebrada en la que la erosión formó enormes paredones verticales. La entrada desde el sur (antigua salida del agua) es llamada la Puerta de Talampaya (Fig. 1).

Las curiosas formaciones naturales de toda la zona, y la conformación misma de este desfiladero, lo llevó a ser percibido por el hombre precolombino como un "lugar sagrado". Así lo indican los numerosos petroglifos ubicados en ambos extremos de dicha quebrada. No sólo para su "interpretación", sino para la mera descripción de sus signos, es fundamental la asociación de los petroglifos con su ubicación y ambiente. Esto nos indica que la quebrada debió haber sido considerada como representación simbólica de la "puerta" para el Más Allá, del camino estrecho habitado por

toda clase de fuerzas o seres que lleva al país de las divinidades superiores. (Estas tendrían su corporización en otras formaciones rocosas situadas del otro lado, como una bien notable llamada "El Fraile").

Así pues, puede suponerse que algunos de los signos representan de algún modo



FIG. 1. — Comienzo de la Puerta de Talampaya. En primer plano, el peñasco que contiene numerosos petroglifos.

esos seres o fuerzas; que son "símbolos" destinados, bien a conjurarlos, atraerlos, a "petrificarlos" o hacerlos más reales para el hombre —en un indudable proceso de "materialización de creencias"—, o bien, simplemente (o al mismo tiempo), como un intento "didáctico" de representar a los ojos del profano esos seres o fuerzas; como una preparación que formaría parte de ritos de iniciación o similares. Esta interpretación surge sin dificultad para quien visite este inhóspito lugar, y tenga en cuenta los datos generales de la Historia de las Religiones.

Partiendo de este marco general, es que debe hacerse el detallado análisis técnico-estilístico, comparativo y cronológico que exige de Talampaya el hecho de encontrarse asociados a los mismos dos elementos pertenecientes a culturas agrícolas arcaicas:

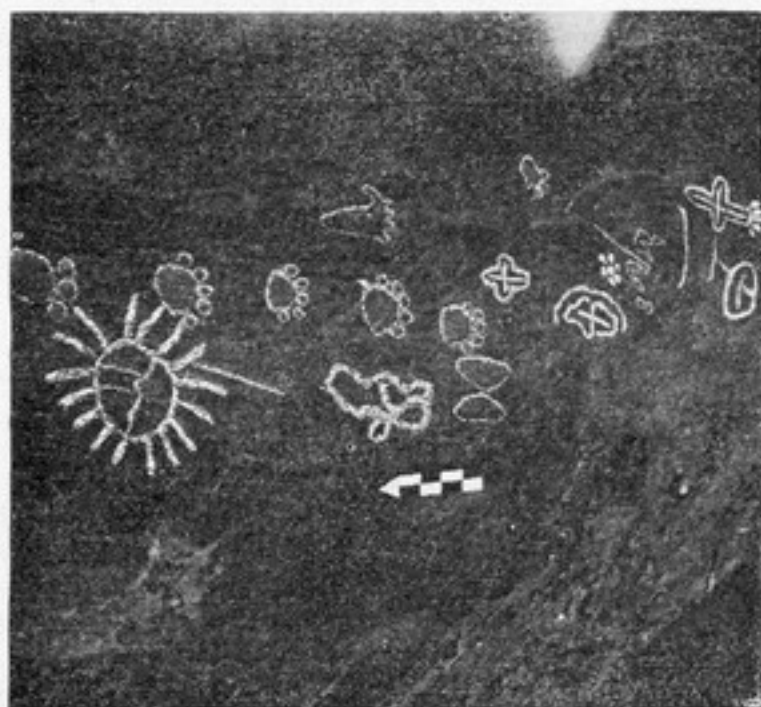


FIG. 2. — Grupo en la parte superior del peñasco.

cas: rocas con “morteros” o “tacitas”, y alfarería (cosa esta última muy rara en estaciones rupestres). Los fragmentos cerámicos se hallan en mayor cantidad en las cercanías de dos pequeños recintos rectangulares señalados por piedras apenas distinguibles (posiblemente alojamiento temporario de los shamanes o hechiceros). Todo ello indica que este lugar de culto corresponde a una población portadora de reflejos más o menos lejanos de los grandes centros precisamente llamados “cultistas” de la América precolombina. Más concretamente, parece tratarse de un grupo vinculado con la cultura de “La Aguada” de Catamarca y norte de La Rioja, fechada entre los años 700 y 1100, como lo indican algunos de los fragmentos de cerámica recogida; o bien, algo más antiguo, pues no aparece en los petroglifos la figura del felino característica de esa cultura (aunque sí sus “rastros”).

No es propósito de esta breve nota preliminar describir todos los signos relevados (que dejaremos para una obra en preparación sobre el arte rupestre de la provincia de San Juan y zonas vecinas). Señalaremos sólo algunos de los motivos principales.

El conjunto de la Puerta de Talampaya se halla sobre grandes bloques caídos del lado derecho del comienzo de la quebrada; los petroglifos en general miran hacia el Norte, N.O. y Oeste. El primer signo es un conjunto escalonado mascariforme de

trazo bastante profundo, rodeado de signos tridígitos muy frecuentes en el área andina y patagónica (“rastro de avestruz”) y otros más irregulares. Sigue otro, forma humana de esquematización peculiar con una corona de seis cúspides, sin duda una divinidad o espíritu comparable a los *wondjina* australianos. A su lado, la impronta de un pie señala uno de los motivos notables de este conjunto. Delante se halla una gran roca en cuya superficie casi horizontal contamos 19 “morteros” alineados de E. a O. La función cültica de estos elementos ha sido ampliamente demostrada, hallándose a veces asociados a enterratorios (v. Menghin 1958, Gajardo Tobar 1959). A pocos metros se hallan los recintos con alfarería antes mencionados. Sigue luego un gran peñasco con algunos de los más interesantes dibujos, situados algunos de ellos en partes prácticamente inaccesibles del mismo. Como en otras rocas, hay numerosos trazos muy borrados o rotos, que no fueron tizados para la documentación fotográfica. Entre otros, hay una hilera de guanacos con el cuerpo en hueco, figuras antropomorfos, conjuntos zigzagueantes, una cruz,



FIG. 3. — Signos de la pared O. del peñasco.

más allá un “ciempiés”; arriba, casi horizontal, una hilera de “pisadas de puma”, un pie, cruces de trazo doble y un “sol” (Fig. 2). En un plano inclinado hacia afuera —muy difícil de tizar y fotografiar— algo como una pareja elegantemente estilizada de hombre y mujer (?), al lado de un profundo serpentiforme y una especie de astro (Fig. 3), siguiendo otros. Volviendo a la parte superior, vemos otra hilera

de rastros de puma y a su lado una de rastros de guanaco (?) apenas insinuada, rematando en hombrecillos muy esquematizados; al lado, junto a otro con los brazos abiertos de manos tridígitas, un cuadrúpedo simple y otro de dos cabezas, y tres rastros de avestruz (Fig. 4). En la cara que mira al Norte, vemos —desde lejos— tres elegantes “hombres-mariposas” junto con una larga serpiente que termina al lado de una figura formada por dos circunferencias tangentes múltiples (tres abajo y dos arriba). Un conjunto bastante fantasmagórico (Fig. 5).

Siguen rocas con trazos relativamente más sencillos; llama la atención otra muy inclinada entre cuyos numerosos dibujos casi indistinguibles vemos una clásica “máscara” (en el sentido de Schobinger 1962), similar a algunas del norte de Chile; a su lado, dos esquematizaciones humanoides, una muy notable con la cabeza cruzada por el doble triángulo —martillado en la roca—, con dos ojos debajo y uno arriba del mismo; también aparece, más grueso, en el cuerpo (Fig. 6). Tras dos espirales y un cartucho con trazos laberínticos, vemos aislado el signo que aquí llamamos “alas de mariposa” con una línea vertical en el centro. O sea,

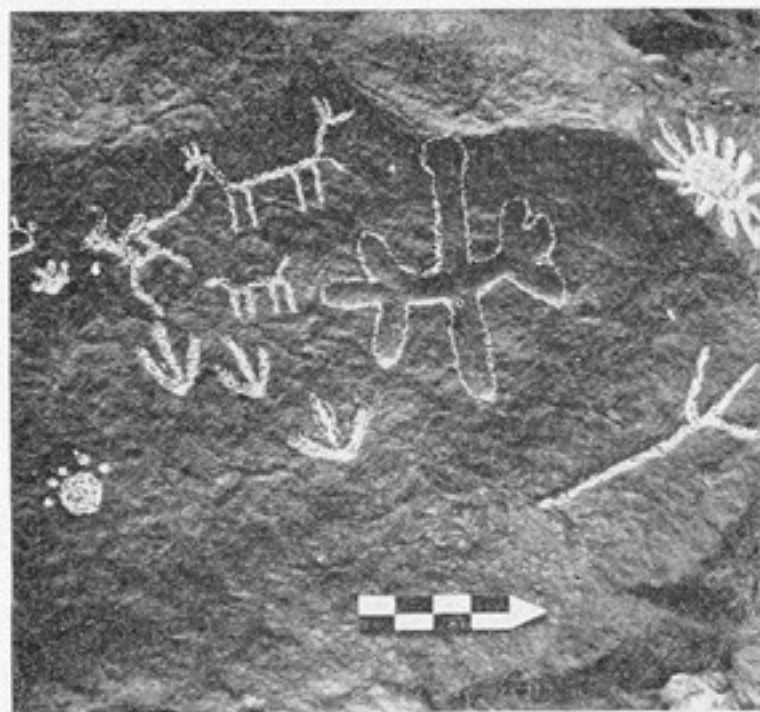


FIG. 4. — Otro grupo de la parte superior del peñasco.

se trata del ser así ornamentado de la roca grande, mucho más esquematizado. El atributo representa simbólicamente al todo. Pero también podría representar alguna facultad humana o suprahumana, según se desprende de la figura recién mencionada. Una representación similar aparece en otra piedra enmarcada por un rectángulo de borde denticulado. Más adelante se destaca una curiosa pareja esquematizada. Las dos

cabezas aparecen unidas entre sí por otra línea denticulada, que más que corona o penacho de la impresión de un “aura” que une a dos seres distintos (masculino y femenino?) pero de igual naturaleza, a la vez con un desdoblamiento hacia abajo de uno



FIG. 5. — El “ser alado” y otros signos de la pared N. del peñasco. (La flecha indica aquí el E.).

de ellos. ¿Qué idea mitológica —aparte de la de la fecundidad— encierra esta extraña composición?

Mencionemos todavía, entre tanta riqueza, una hermosa escena formada por un hombrecillo de cabeza redonda y grandes pies que sostiene de la brida a un cuadrúpedo, probablemente llama, detrás de la cual siguen seis más. Una fina prolongación vertical, indica que no se trata de un hombre concreto sino del “Señor de los Animales”, figura representada en el arte supestre desde el Paleolítico. Abajo hay dos animales más del mismo tamaño.

Finalmente, tiene importancia una roca situada algo delante del talud, en cuya cara aproximadamente horizontal se distinguen, entre numerosas líneas ténues o borradas: un mortero, una profunda figura laberíntica curvilínea, canaletas que en uno de los extremos pasan al lado de un morterillo y luego se pierden hacia abajo, circunferencias simples o dobles con una línea en el medio, varias improntas de pies humanos delicadamente martilladas, alguna línea serpentina, y en otro extremo, dos llamas cerca de un gran rectángulo. Esta roca da la impresión de un lugar de ofrendas o sacrificios. El interés de la misma estriba en su similitud con otros dos petroglifos hori-

zontales asociados a tacitas: la "piedra marcada de San Buena" en Cosquín (Córdoba) (Aparicio 1935), y la roca grabada de Ñorquín en el norte del Neuquén (Schobinger 1956), y menos acentuadamente la roca N° 1



FIG. 6. — Grupo con máscaras.

de Chocón Chico en la misma provincia (Schobinger 1963). Junto con otras, representan lo que en la Patagonia llegó a constituirse en un estilo, llamado "de pisadas" por Menghin (1957). Más elementos del mismo se hallan en otras rocas del Talampaya. ¿Estamos aquí ante un "estilo de pisadas enriquecido, o se trata de un proceso contrario, de reducción, para zonas marginales como Córdoba o el norte de la Patagonia? Nos inclinamos por esto último. A partir del surgimiento de las culturas con cerámica en el noroeste argentino, fueron éstas las dadoras y las otras más meridionales las receptoras. Por lo demás, no parece haber mayores diferencias cronológico-culturales entre la mayoría de los dibujos del Talampaya.

Dejemos las últimas piedras grabadas de este sitio —únicas que nos recuerdan al estilo curvilíneo irregular (con inclusión de cuadrúpedos estilizados) frecuente en el área de San Juan— y crucemos los 5 km a través de la "Puerta" hasta llegar a un paredón vertical de 15 metros de largo que mira hacia el Norte. En momentos de crecienta, el curso de agua que entonces rellenaba el cauce por lo general seco ha tocado la parte inferior de ese paredón, no sabemos si destruyendo algún dibujo. Con trazos poco pronunciados y que hacen indispensable el tizado para la documentación, aparece allí hasta una altura de unos 2,50 mts. un alineamiento de figuras sólo en parte similares

a las del otro lado; rastros de puma (aunque en varios casos con seis dedos y en alguno con 7 u 8) y de avestruz (también éste con variantes: dobles, con prolongación central, etc.). Cabe preguntarse si se quiso realmente representar esos rastros. Y en ese caso ¿por qué las variantes, que aparecen también en muchos otros lugares? ¿Cuál era en su origen la idea asociada? (Hace más de una década, ya cuestionábamos a los "rastros" como tales: v. Schobinger 1956). También hay algún cuadrúpedo, cruces recuadradas, hombrecillos, líneas alargadas en forma de T o con extremo de volutas, una serpiente. Hacia el centro tenemos varias figuras estilizadas de "monitos", "hombres-lagartos" o como se los quiera llamar; son seres en actitud de oración o danza (extática?), con larga prolongación caudal. Aquí tampoco debe estar ausente la idea de fecundidad. Hay indicios de numerosas figuras completamente borradas, por lo que es imposible una interpretación aceptable de este paredón. Su apariencia y estilo se nos antoja parecido a ciertas representaciones rupestres del Brasil.

Como todos los conjuntos de petroglifos del occidente argentino, estos de Talampaya constituyen un atractivo enigma, porque forman parte —como únicos vestigios— de una realidad espiritual más amplia, cuyo conocimiento, no por difícil, debemos dejar de intentar.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Aparicio, Francisco de: 1935. *La Piedra marcada de San Buena*. Physis, t. XI, 472-477. Buenos Aires.
- Gajardo Tobar, Roberto: 1959. *Investigaciones acerca de las Piedras con Tacitas en el centro de Chile*. Anales de Arqueología y Etnología, t. XIV-XV (1958-1959), 163-204. Mendoza.
- Menghin, Osvaldo: 1957. *El arte rupestre de la Patagonia*. Acta Praehistorica, t. I, 55-85. Buenos Aires.
- 1958. *Las piedras de tacitas como fenómeno mundial*. Boletín de la Sociedad y el Museo Arqueológico de La Serena, N° 9. La Serena.
- Schobinger, Juan: 1956. *El arte rupestre de la provincia del Neuquén*. Anales de Arqueología y Etnología, t. XII, 115-227. Mendoza.
- 1962. *Representaciones de máscaras en los petroglifos del occidente argentino*. Anthropos, t. 57, 683-699. Posieux (Fribourg).
- 1963. *Nuevos petroglifos de la provincia del Neuquén*. Anales de Arqueología y Etnología, t. XVII-XVIII (1962-1963). 151-171. Mendoza.
- 1964. *Arte rupestre de San Juan y norte de Mendoza*. Etnia, N° 1 (Publicación del Museo Municipal de Olavarría). Buenos Aires.